

La organización obrera es una roca contra la cual se estreñan los enemigos del proletariado.

EL ESFUERZO

Toda correspondencia e impresos dirijase al Director Miguel A. León.—Calle Bulnes

ORGANO OFICIAL DE LA FEDERACION OBRERA LOCAL

AÑO III.—NÚMERO 119.—CALLE BULNES

(CHILE)

(A los socios en el campo se reparte gratis)

RECUERDO

Hacen cinco años en este mes, allá en las pampas de la Patagonia Argentina se consumaba por los antropófagos uniformados, sirvientes del capital, uno de los más asquerosos crímenes colectivos que nos recuerda la Historia de los países americanos.

¿Qué había sucedido? Una cosa inmensamente grave para los intereses de los latifundistas de toda la Patagonia, tanto Argentina como Chilena; los trabajadores del Territorio de Santa Cruz habían reforzado, por esos tiempos, la Organización Obrera con el fin de sostener algunas pequeñas mejoras que el año anterior después de una acción de la misma habían conseguido. No queriendo los usureros de los capitalistas, respetar los pliegos de condiciones que ellos mismos habían firmado, no les faltó entrañas para confabular en sus reuniones de la Sociedad, Rural de Gallegos, la más grande de las ignominias que pueden idear individuos que se llaman civilizados, nosotros los llamamos «chacales», en contra de los que a fuerza de trabajos y sacrificios extra-humanos habían conseguido amasar inmensos millones para estos urones que nunca se sacian con el sudor del miserable paria.

Y deseosos de llevar a cabo, en la mejor forma sus macabras intenciones, se valieron de sus sirvientes los gobernantes de esa región, para que informaran al Gobierno Federal que toda la Patagonia estaba asolada por partidas de bandoleros que no respetaban vidas ni haciendas; y según ha llegado hasta nuestro conocimiento, uno de los Menéndez, en representación de todos ellos, fué personalmente a Buenos Aires a pedir amparo y garantías al Gobierno para sus intereses amenazados por los bandoleros del Sud, como se les denominaba a los trabajadores.

El Gobierno, como fiel defensor de los intereses de los capitalistas, aunque sean éstos unos ladrones, no esperó más informaciones y mandó inmediatamente un barco de guerra con dos regimientos de caballería con orden de ametrallar donde fuera a los mentados bandoleros. Vino a la cabeza de esta fuerza el no me-

nos cobarde y miserable coronel Varela, de trágica memoria, el que ordenó los asesinatos más infames que pueden idearse, pues llegaron a rosar con nafta atados a un poste y prenderles fuego a obreros que no habían cometido otro delito que sostener con razones las peticiones de sus demás camaradas.

Según los cálculos hechos, desde Deseado, donde empezaron su obra los nerones modernos, hasta los límites con la Patagonia Chilena, pasan de mil obreros los asesinados, sobresaliendo de entre estas matanzas, la estancia «Anita», «Paso Ibañez», la estancia «Punta Alta» y muchas otras que por el momento no queremos mencionar; matanzas todas de lo más ruin y cobarde, sobresaliendo entre ellas la de la estancia «Anita», donde a los trabajadores los hacían cabar un foso y después los paraban al borde de él y los asesinaban por la espalda.

Terminaron su obra devastadora los canibales, dejando en la orfandad muchas esposas con sus pequeños hijos, muchos padres que lloran aún a sus seres queridos que eran sus esperanzas en su vejez; y a nosotros todos los trabajadores nos queda el recuerdo amargo de nuestros camaradas que sucumbieron mártires de una causa noble, que es la causa del proletariado universal.

El pago más grande de sus hazañas, lo recibió Varela de nuestro camarada Krun Wikens, hombre que se inmoló en aras de un pensamiento sublime, que fué vengar a sus hermanos de Santa Cruz. Para él nuestro eterno reconocimiento y para nuestros hermanos caídos en esta cruzada, nuestro recuerdo.

Para los asesinos e instigadores, nuestro desprecio y nuestras más fuertes anatemas, que sus conciencias les recuerden a los martirizados, a los muertos y a todas las víctimas de su avaricia y de sus almas de hienas y que la sombra de nuestros mártires los persiga en todo momento hasta que entreguen su miserable y corrompido cuerpo a la madre tierra. Esos son nuestros anhelos.

El obrero organizado es la fuerza más potente que imaginarse pueda. ¡Trabajador organizado!

Las peripecias de un paria

Desde estos campos argentinos, regados con sangre de nuestros camaradas, fusilados cobardemente por una horda de canibales, al mando de un antropófago, hace cinco años a la fecha, y pasando un día triste al evocar estos recuerdos; y además la ausencia de mi familia que tal vez sufran el aguijón del hambre, por andar aun sin trabajo, he resuelto hacer público por medio de nuestro nunca bien ponderado paladín «El Esfuerzo», las mil y una peripecia sufridas en este invierno, en el campo, de una estancia a otra en busca de trabajo.

Como todos los obreros de esta región saben lo que pasa en los meses de invierno, por la escasez de trabajo, resolví para no «clavarme» con los bolicheros en viveres, salir al campo por si acaso podía encontrar trabajo por algún lado y poder aliviar mi situación. Esto me hizo sufrir mucho corporalmente, pero moralmente, me ha servido de estudio y provecho, como podrán imponerse todos los que lean estas pobres líneas y darse cuenta de lo que un trabajador sufre en la Patagonia una vez que el «patrón» ha hecho su faena y no necesita más de sus brazos.

Hasta Castillo, el viajero anda bien, pero desde esta estancia, principian los sinsabores. Se llega, generalmente, a la hora de comida y ya sufre el viajero una pena, al ver a los obreros que en esa época trabajan, el menosprecio con que miran a los viajeros, amigos talvez, cuando están en el pueblo. Los tratan con un despotismo bárbaro, quizás será por la mucha aglomeración de pasajeros en esa época, pero son cosas que a ellos nada les incumbe, porque si el viajero pasa por obligación del hambre a almorzar o solamente a dormir, no le va a pedir nada a los obreros de ahí, sino un mendrugo a la Explotadora. Es tiempo que este despotismo en las estancias, entre trabajadores y viajeros, se liquide; no debe existir el menosprecio entre nosotros.

Pues bien, al día siguiente deseaba quedarme en esa estancia, pero esto era como pedirle «pe-

ras al olmo». Allá venía un flacucho, en un caballo que como era de la Explotadora, le daba hasta que el bruto no podía más. De un extremo a otro de la estancia, en los fogones, en las piezas de los obreros y hasta creo en el W. C. husmeaba como perro de caza, si habían pasajeros y si los encontraba lanzaba la frase sacramental: «Ud. no estar más aquí o yo venir carabineros». Este es uno de esos que llaman «cadetes» o aspirantes a Administrador, que con solo sus aspiraciones, sin saber aun tratar a un obrero, (lo primero que deben aprender) ya se creen un «sábelotodo», o sueñan siendo Director-Gerente de la sociedad a quien sirven.

Vista la amenaza de este zángano, capaz de hacerla cumplir, marché en mi pobre flaco (único de la tropilla) hacia Guido.

En esa estancia administraba el «segundo», (no sé como se llama) quien había ordenado según conversaban los compañeros de ahí, al cocinero por dos ocasiones, abrir la cocina solo las horas de comida, por no servirle un pedazo más de carne a los pasajeros.

¡Qué injusticia! Solamente por que un pobre obrero pase una noche o un día en esas grandes estancias que ellos mismos han construido se les dé con la puerta en las narices,

Pues bien, como venía con mi caballo medio «aplastado», resolví quedarme allí por un día, en cualquier forma, como al efecto lo hice. Para matar el tiempo después de almuerzo, salí rumbo al chorrillo que surte de agua a las casas incluso la cocina. Caminaba por la orilla, cuando me llamó la atención un cuerpo raro que venía a flote; al principio creí que sería pasto pero fijándome más, ¿saben lo que era?... Tal vez no crean, pero, es la verdad desnuda... ¡Excremento humano! Venido desde la casa Administración, donde vacían los recipientes con...

Esa es el agua que beben y cocinan para los obreros, comida que tanto niega el segundo Administrador.

Hasta ahora, creo que el cocinero, no tiene conocimiento de esta inmundicia y si lo sabe, se forma la de «San Quintín», por ser él quien en esa época estaba muy recto en sus obligaciones.

Estancia Anita, Octubre 1926. —VIAJERO.—(Continuará).

Educación, Organización, Emancipación

Diffícilmente se encontrarán tres palabras cuyo significado y alcance se ajusten más a lo que debe ser una sociedad obrera revolucionaria.—Organización, Educación, Emancipación. Estas tres palabras en conjunto y cada una de por sí abarcan todo un programa, todo un sistema, toda una filosofía.

No es posible, ni creo que persona sensata espere ver la realización de la emancipación integral de la humana especie sin organización y educación. No es posible ni concebible una sociedad verdaderamente libre, entre gente no educada. La educación es imprescindible para vivir la vida sin amos y sin gobiernos. La organización es necesaria para la marcha de la sociedad, para el desarrollo del individuo, para la vida misma. Y aplicando el término de la cuestión obrera, la organización, es necesaria para recabar mejoras y conservarlas, para adiestrar a los organizados en la lucha cotidiana a modo de preparación para cuando tengan que valérselas prescindiendo de sus amos. Sin organización es imposible la vida moderna, y sin organización en las masas trabajadoras; en los que aspiran a vivir una vida mejor, a cambiar de sistema social, no se logrará obtener sino triunfos efímeros, infructuosos, y hasta cierto punto contraproducentes. He aquí porque los tres términos—organización, educación, emancipación—se complementan, porque nada perdurable, de valor, se podrá alcanzar si no se tiene todo en cuenta.

¿De qué sirve una organización obrera que no eduque a sus miembros, que no tenga miras a la emancipación? Tal organización logrará mejoras momentáneas y éstas serán limitadas por lo que los adelantos de la maquinaria, medios de distribución, etc., permitan al capital ceder a las demandas obreras sin arriesgar la marcha de los negocios. Un capitalista, si quiere continuar siéndolo, no puede ceder más que a una parte de las demandas obreras, es decir, no puede ir más allá de lo que permita su ramo o industria, so pena de quebrar. De ahí que generalmente el obrero no puede esperar otra mejora material que la que indirectamente le proporcione el desarrollo de la maquinaria de producción y de distribución; y la única esperanza de una mejora positiva y real es mediante la posesión de los medios de producción y distribución por el obrero mismo, aboliendo la

competencia y las clases sociales. Por eso las asociaciones obreras conservadoras que aceptan en principio el orden de cosas actual nunca lograrán alcanzar el bienestar de la clase trabajadora, pues no avanzan en tal dirección sino como la mula denoria que da vuelta tras vuelta en el mismo círculo.

La verdadera asociación obrera debe educar al trabajador en un amplio espíritu de libertad, en un espíritu de emancipación si sus componentes esperan y desean que el trabajador sea algún día libre y dueño de sus destinos y de los destinos del mundo.

No basta, tampoco, estar asociado en una organización obrera revolucionaria cuyo revolucionarismo consista solamente en cuatro frases escritas en declaraciones de principios o en estatutos. Las palabras deben ir ligadas a los hechos.

No es posible emancipación sin educación. Quizás ayudados por circunstancias excepcionales logren los obreros derrocar el sistema capitalista; pero si no están educados volverán irremisiblemente a la esclavitud, quizás bajo diferente nombre, tal vez con ciertas mejoras morales o materiales, pero esclavitud a fin de cuentas.

La emancipación no será una realidad mientras la masa obrera permanezca ignorante. Por eso es que todo hombre que aspire a ver a la humanidad libre y feliz debe ayudar a los obreros a organizarse y educarse en la seguridad de que así los ayudará a emanciparse, teniendo presente que es necesaria la organización para lograr algo de provecho y que es imprescindible la educación para conservarlo e impedir que los esfuerzos de los que trabajan y luchan sean frustrados por los «vivos» que siempre están el acecho de fáciles víctimas.

En la organización reside la fuerza de los obreros para recabar mejoras, para adiestrarse con miras al futuro, hacia una convivencia fraternal, que ha de suplantarse el sistema de la esclavitud del salario. Con la educación, el obrero se eleva intelectualmente y aprende a conocer cuales son sus derechos y sus deberes, aprende a respetar el derecho de los otros, la libertad ajena; aprende a cumplir con sus deberes y a no poner obstáculos para que los demás cumplan con los suyos. En la educación reside la aspiración de una vida más humana, en armonía con los dictados de una conciencia libre de

prejuicios; de una conciencia donde haya cabida para el espíritu de tolerancia, de justicia, de amor para el prójimo.

La emancipación encarna la realización de los bellos sueños de los grandes pensadores que vilusbraron para la humanidad una sociedad hermosa, libre, justa y feliz—una sociedad donde no exista la mentira, donde no haya niños que lloren por falta de pan o amor, ni madres que

se prostituyan por hambre, ni seres sin albergue—donde la justicia sea la norma, y la felicidad una realidad palpable. Y la emancipación vendrá solamente cuando la gran masa trabajadora, ese Prometeo encadenado, se organice y se eduque y por la fuerza de la razón y la razón de la fuerza establezca sobre la tierra el reinado de la justicia y la libertad.

ONOTRE DALLAS.

LA HIPÉRBOLE INTELECTUALISTA

(De «Claridad»)

OBREROS INTELLECTUALES Y OBREROS MANUALES

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra intelectual aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. También ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aún de anarquistas, se llaman a sí mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, intelectuales. Piénselo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte de la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabreja, ¿a título de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿Existe alguna línea divisoria para las tareas puramente intelectuales y puramente manuales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede de todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad humana? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué

envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustentan, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquellos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo y que solo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdónese-me la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madre de aquellos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlos a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Quiérese la distinción bien marcada entre la semi holganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase

fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia. Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, sino iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza a los señoritos, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero del mostrador o de escritorio, odia colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Más, ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no intelectuales, desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almidonado hortera hasta el más conspicuo burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro, a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? ¿Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¿Cuántos no se sentirían molestos, casi deshonorados, si en la vía pública les detuviera uno de esos desherrapados a quienes dicen defender!

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aún cuando no lo confiesen.

Más, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los inte-

reses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualesquiera que sea su profesión de fé, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán en seguida que no se sienten ni se piensan iguales ni aún al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con el fumista: «¡También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan iguales a los demás hombres, y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero éstos no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo y, no obstante, menosprecian y rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo, genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores del otro. Son por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletariado, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.) son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido. Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran así mismo en ambos partidos y gozan de unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Por que, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no se conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Proudhon, Marx, Bakunin, etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos, débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conozcan todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no ha los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que experimentalmente han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¿quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas leyes protectoras que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de la prensa, ¿qué son sino el resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas leyes malas; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia el domicilio coatto. ¿No fueron las resultantes de inútiles campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Acérquense al obrero sin aires

de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta; pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero, que no está para aguantar tan moletas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alee la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fé sincera en el porvenir entre los que se llaman intelectuales—que sí los habrá—, que trabajen generosamente por lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no solo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí y sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbola intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni moletes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

R. MELLA.



Deficiencia educacional en Natales

Hoy que se ha organizado en Punta Arenas, un «Comité de Acción Común de Asalariados», el cual tiene por objeto procurar el mejoramiento económico y moral de todos los asalariados de Magallanes, y que cuenta en sus filas con Profesores, Empleados y muchos más que son personas de un espíritu más desarrollado que nosotros los trabajadores, propiamente dicho; nos hacemos un deber como padres de familia de llamar la atención de quien corresponda, sobre la insuficiencia educacional en esta apartada región.

Contamos en esta localidad con dos escuelas municipales, una de mujeres y otra de hombres, que no pueden en ninguna forma cumplir debidamente su noble misión, por cuanto son demasiado reducidas; prueba de lo antes dicho es, que este año han quedado muchos niños sin poder asistir a ellas, debido a que no se les recibía porque decían

que la matrícula se había cerrado por falta de capacidad. Debido a esto, muchos padres nos hemos visto en la necesidad de dejar a nuestros hijos sin poderlos mandar a la escuela, y otros haciendo un esfuerzo superior a nuestros medios de vida, hemos tenido que mandarlos a la escuela de los frailes o de las monjas, donde se cobra diez pesos mensuales por cada niño, cosa que se nos hace demasiado dura a los padres que tenemos dos o más hijos en estado de colegio.

En las cuatro escuelas que hay, dos municipales y dos particulares, no baja de cuatrocientos cincuenta a quinientos los niños matriculados, y hay en la población, en estado de educarse, lo menos ochocientos niños, queda entonces un sobrante de trescientos a cuatrocientos niños que tienen que verse imposibilitados para educarse.

Otras de las deficiencias de que carece la educación en este pueblo, es que los niños aprenden en las escuelas municipales, solo a leer y a medias debido a que en dichas escuelas no hay nada más que hasta tercer grado; y nos vemos, muchos padres en la necesidad de sacar de ellas a nuestros hijos, a los once o doce años de edad, pues no estamos en condiciones de poderlos mandar a Punta Arenas para que sigan estudiando.

Sería entonces necesario que las autoridades competentes y todas las personas que se interesan por la educación de los niños, pusieran todo lo que estuviera de su parte, porque dichas escuelas se ampliaran en los otros tres cursos para que puedan los hijos de este pueblo por lo menos terminar su instrucción primaria.

Como amantes de la instrucción de nuestros hijos, estamos en todas sus partes de acuerdo con la Asociación General de Profesores del país y con el «Comité de Acción Común de Asalariados» de Punta Arenas, en lo que se refiere a la reforma educacional y esperamos que cuanto antes estas instituciones lleven adelante su programa y lo hagan triunfar, seguros que nosotros o nuestros hijos seremos los beneficiados.

Varios padres de familia.

Sabotage

Romper las herramientas, deteriorar las máquinas! Inutilizar la producción! Descontrapesar el equilibrio de las industrias! Desbaratar la repartición de los productos! ¡Destruir!

¡Sí, todo eso! Eso y mucho más. Bien se lo merecen, ellos,

los que han luchado con el arma más poderosa y con la intención más pequeña. Bien se lo merecen. Ellos, los que inventaron esta guerra de clases que enturbia nuestros corazones, ahora no la taparán con palabras, no la concluirán con promesas. Ahora nosotros, nueva, aferrados en nuestro dolor como una coraza, mantenidos con hambre en vez de alimento, con ideas en vez de saciedad. Somos nosotros.

El progreso, dicen, el progreso... Dan ganas de echar las tripas riéndose de esa palabreja. A nosotros, que no conocemos la Primavera, encerrados en la labor que nos desgasta como una muela de molino infernal, a nosotros, los heridos, a nosotros, los hambrientos, los desgarrados, los inteligentes, los anónimos, ignorantes, bestias de caiga, gusanos sin ojos, a nosotros con el Progreso...

Da risa! Y si aun así fuera cierto, si estorbáramos al progreso asesinando asesinando máquinas asesinas, o malbaratando la ganancia burguesa amontonada por nuestros tendones, si el Progreso tuviera que hacerse, así, pasando por sobre nuestras protestas y nuestro aniquilamiento.

¡A la punta del cerro el progreso!

«La Acción»

Hemos tenido la gran satisfacción de recibir los dos primeros números del periódico «La Acción», editado en Punta Arenas por el «Comité de Acción Común de Asalariados» de Magallanes.

Trae este paladín de las Ideas Nuevas, un selecto material de lectura; por lo cual lo recomendamos a todas las personas que se interesen por el adelanto moral, material e intelectual de todos los habitantes de este Territorio, seguros que en él encontrarán un desido defensor, contra todas las injusticias que se cometen en el mundo entero con las clases menesterosas.

EL ESFUERZO saluda a este nuevo hermano, que nace a la lucha por la emancipación de los oprimidos, fuerte y enhiesto; y hace votos porque su vida sea eterna, para bien de todos los que sienten el látigo en su rostro de esta sociedad corrompida y asesina.

¡Salud y lucha hermano!

En esta Imprenta se encuentra correspondencia para Juan A. Raigada.

Agradecimiento

Doy los más expresivos agradecimientos a todas las personas que se dignaron acompañar en los funerales de mi inolvidable esposa Celinda Aguirre (Q.E.P.D.)

Casimiro Santos.

A disposición de su dueño se encuentra en esta Imprenta una llave encontrada en la vía pública.

Dn. SANTIAGO TORO LORCA

— Abogado —

Punta Arenas, Calle Chiló 404, al lado del Registro Civil.

— Consultas gratis de 10 a 12 a. m., y de 1 a 5 p. m. Preferente acogida para los obreros.

Procurador D. Luis A Cevallos

El que desee suscribirse en «Insurrexit» puede pasar a nuestra Dirección.

CAMPO SINDICAL

CONSEJO ADMINISTRATIVO

Pone en conocimiento que sus reuniones se efectuarán todos los Miércoles a las 8 p. m.

El Secretario General.

SINDICATO DE METALURGICOS

Este sindicato tiene reuniones el 2.º y el último Jueves de cada mes, a las 8 p. m.

El Secretario.

SINDICATO CARRETEROS

Este sindicato tiene reuniones el primer y tercer Domingo de cada mes a las 10 A. M.

NOTA:—Se avisa a los afiliados que falten a tres reuniones serán castigados dentro del Sindicato.

El Secretario.

Sindicato de Rasqueteros y Similares

En su última reunión acordó este Sindicato, que desde la

próxima asamblea, asistan todos los rasqueteros y similares con sus respectivas libretas, especialmente los radicados, para tomar la nota que corresponde.

El Secretario.

SINDICATO DE CARNICEROS

Cito por segunda vez a los miembros de este Sindicato a una reunión, para hoy Domingo 14 a las 10 A. M.

El Secretario.

SINDICATO DE TRABAJADORES EN GENERAL

Este Sindicato celebrará reuniones todos los Lunes a las 8 P. M.

El Directorio del Sindicato tendrá sus reuniones los Viernes a las 8 P. M.

El Secretario.

SINDICATO DE JENTE DE MAR Y PLAYA

Pone en conocimiento a sus afiliados este Sindicato que, sus reuniones se efectuarán el primer y el tercer Domingo de cada mes, a las 2 p. m.

—El Directorio se reúne el primer y tercer Sábado de cada mes a las 8 p. m.

NOTA:—El Sindicato de mar y Playa, en su última reunión efectuada el tercer Domingo de Setiembre ppdo., en vista de que la asistencia a las asambleas es de extrema escasez de afiliados, aprobó castigar a los reacios según los métodos disciplinarios que han dispuesto las Asambleas.

Camaradas: ruegues en lo futuro asistir a las reuniones para que así hagamos obra y nos salvemos de las medidas disciplinarias dispuestas por el Sindicato.

El Secretario.

Aviso

Se pone en conocimiento de los compañeros esquiladores que no se hayan afiliado al Sindicato, ya sea por no tener conocimiento de su fundación o cualquier otro motivo, pueden pasar a inscribirse a la Secretaría todos los días de 8 a 9 P. M.

El Secretario.

Difunda Ud. «EL ESFUERZO»